Interpretación de la independencia de América Latina *

Pierre Chaunu

Es bien conocido el gusto de los hispanoamericanos por el breve lapso de la etapa de su Independencia. Un rápido vistazo a los instrumentos bibliográficos nos mostraría que en los diez años últimos, de los 50 000 títulos registrados, le están consagrados del 30 al 35%.¹ La Revolución francesa ha tenido en nuestra historiografía, y por extensión en nuestra toma de conciencia colectiva, una función más o menos comparable, y –bien mirada– muy poco justificada. Cuando una historiografía presenta tal exceso, que ninguna razón documental justifica, el hecho deja de ser pintoresco para convertirse en significativo. La historiografía hispanoamericana de la Independencia nos informa accesoriamente sobre ella, pero esta historiografía es también un tema para la historia.

Existe un esquema tradicional de la Independencia esbozado en el siglo XIX. Se presenta en forma vasta en los manuales escolares y se trasluce sutilmente en los “buenos” libros.² Es una imagen mistificada triplemente nociva. Es la del fraccionamiento político: se opone a toda construcción orgánica del continente latinoamericano. Es la imagen de las rupturas y de los rechazos inútiles e impide que América española asuma su pasado hispánico, es decir obstaculiza el establecimiento de las bases históricas de su cultura. Crea la ilusión de una liberación conseguida, mientras que la independencia política le cuesta internamente el refuerzo de las estructuras sociales de dominación y externamente el refuerzo de los lazos de dependencia económica.

Se impone pues la tarea de romper el mito, y sólo los hispanoamericanos pueden realizarlo.³ Por nuestra parte, dentro del marco de este modesto artículo lo más que podemos hacer es plantear los posibles hitos destinados a lograr una sutil superación.⁴

* En *La independencia de América Latina* de él mismo, Pierre Vilar y Eric J. Hobsbaum, Buenos Aires, Nueva Visión (Colección Fichas, 19).

¹ *Handbook of Latin American Studies, Índice histórico español*.

² De un año a otro, sólo en los Estados Unidos se publican varias *History of Latin America*. Esto se debe a la estructura misma de la organización universitaria norteamericana y a la multiplicidad de cátedras de historia de “la otra América”.

³ La necesidad ha sido sentida y un excelente trabajo lo emprendió hace algunos años el Instituto Panamericano de Geografía e Historia de México, bajo el impulso especial de Silvio Zavala.

⁴ Útil. Importa poco que el esquema propuesto sea más verdadero que el antiguamente en curso, lo que importa más es que sea útil. La historia es siempre una manera de organizar un pasado según las exigencias de un presente. Ahora bien, el esquema clásico se basa en la historia de los nacionalismos fraccionalistas del siglo XIX hispanoamericano a imitación de la Europa del siglo XIX. El trabajo de superación que la historiografía europea ha emprendido es de esperar que, a su vez, lo inicie la historiografía hispanoamericana en América, para el propio bien de América Latina. Se puede recomendar al respecto al artículo de Alphonse Dupront, “Histoire et paix”, 1951.

I El esquema tradicional de la independencia

Cuando se pretende si no modificar, al menos enriquecer una problemática antigua lo mejor es bosquejar primero las explicaciones presentadas. Procederemos así.

Abramos uno de los tantos libros donde las dos Américas reseñan la historia latinoamericana.

Viene la Independencia, el tono sube, la frase crece, los buenos sentimientos desfilan. "Bolívar, aquí estamos."

Y comencemos con un capítulo sin sorpresa: las "causas generales" en los manuales norteamericanos.

Los abusos del régimen colonial: el monopolio, la exclusión de los cargos públicos, las mil y una opresiones de las que son víctimas los criollos y los otros. Se cae en el juego de "nosotros americanos", del que los jefes patriotas se valieron para dar a su reivindicación particular la dignidad del interés general.⁵

Las influencias. La participación intelectual de América en las "Luces" del siglo XVIII.⁶ No faltan ejemplos: academias, sociedades cultas y de pensamiento, *Sociedad de Amantes del País* en Lima, de *Beneficencia* en Buenos Aires, *Sociedade Literaria do Rio de Janeiro*, *Sociedade Scientifica do Rio de Janeiro*; hay también periódicos, las "gacetas" *Gaceta de Buenos Aires*, *Gaceta de Guatemala*, *Gaceta de Literatura de México*, "publicaciones periódicas", *Papel periódico de Bogotá*, *Papel periódico de La Habana*, y el más prestigioso, y sin duda el más eficaz, el *Mercurio Peruano*. Sí, América participa en las "Luces". Esta participación evidente es más fácil de constatar que de medir. En los libros se aplauden los acuerdos, pero rara vez pasan de allí.

En tercer lugar, los ejemplos. Los movimientos independentistas de América hispánica recibieron en forma directa la influencia y dirección de una serie sucesiva de revoluciones americanas y europeas. Evidentemente, tal como se piensa, el levantamiento de

⁵ Reconozcamos que los liberales radicalizantes de la primera revolución mexicana, la que en verdad fracasó totalmente, eran al menos sinceros, cuando no conscientes de la insuficiencia de las palabras: Miguel Hidalgo, José María Morelos y los ardientes redactores de la Constitución de Apatzingán (22 de octubre de 1814). Esta Constitución de Apatzingán parece el eco fiel de la Constitución francesa de 1791 o, más directamente, de la Constitución de Cádiz (en muchos aspectos; también se escucha el eco de las *Leyes de Indias*, del humanismo cristiano de *Las Casas* o de la intransigencia dominicana de los teólogos-juristas del derecho natural). Es necesario recordar el art. 38 que suprime las corporaciones; el art. 24 que define la felicidad común, esa "felicidad común" modalidad hispánica de la *pursuit of happiness* de la Declaración de la Independencia del 4 de julio de 1776. La Constitución de Apatzingán define esta felicidad común como "el goce de igualdad, seguridad, propiedad y libertad". El art. 34 recuerda que "todos los individuos de la sociedad tienen derecho a adquirir propiedad y disponer de ellas, a su arbitrio con tal de que no contravengan a la ley". En cuanto al art. 25, si es posible, aparece calcado más directamente todavía sobre la declaración francesa de 1789, cuando precisa que: "Ninguno debe ser privado de la mejor porción de las propiedades que posea, sino cuando lo exija la pública necesidad, pero en este caso tiene derecho a una pública compensación." (Alba, 1960.)

⁶ Recordemos al respecto la reciente revisión hecha bajo la dirección de Arthur P. Whitaker, con la colaboración de Roland Hussey, Harry Bestein, John Tate Lanning, Alexander Marchant, Charles C. Griffin y Federico de Onis (Whitaker, ed., 1961); véase también Whitaker (1951 y 1955) para un ejemplo más claro de la participación de América Latina y muy particularmente de México en los progresos técnicos, en especial en lo que respecta al empleo de los métodos alemanes en la minería.

las 13 colonias y la escisión del Imperio Británico tienen derecho a un primer lugar en el tiempo. Se comenta con razón el éxito hispanoamericano del *Common Sense* de Thomas Paine. Siguen después los ecos de la declaración de Jefferson del 4 de julio de 1776. Un estudio atento de la Constitución de Apatzingán (12 de noviembre de 1814) sin duda permitiría establecer, artículo por artículo, una filiación ora norteamericana, ora francesa y nuevamente norteamericana, en la medida en que los textos de Jefferson ilustraron los pasos de nuestros constituyentes. En verdad nadie puede dudar que para la formulación de sus constituciones los movimientos independentistas buscaran referencias numerosas y precisas. Las influencias son tanto más evidentes y los calcos más fieles porque la falta de madurez impidió una expresión más personal.

Más que de las trece colonias, se invoca la influencia de la Revolución francesa y si no ahí está la carrera de Francisco Miranda, para disipar toda vacilación (Robertson, 1929). Comienza a señalarse, y es un progreso, la influencia del levantamiento de Haití (Zavala, 1961).

Y para terminar, los "precursores". Las perturbaciones del último siglo colonial, que son numerosas,⁷ han sido promovidas al rango de "precursoras" de la Independencia. En este sentido, las viejas crónicas tienen razón pues recuerdan que al comienzo, antes de los primeros pasos del santo fundador, "el espíritu de Dios se movía por encima de las aguas". Todo lo que precede es de una u otra manera causa de lo que sigue. La rebelión de Túpac Amaru II (1780-1781), que en realidad es una de las causas esenciales de la lealtad del Perú —en vivo contraste con el compromiso patriota de Venezuela y la ambigüedad fundamental de México—, es la última rebelión *quechua* y por una verdadera aberración se la anexa a las manifestaciones precursoras del levantamiento criollo.

Después de lo cual, encerrados en los *ghettos* de la historia ame-

⁷ Sólo para el Perú tenemos: la rebelión de 1737, la primera y más importante desde las guerras civiles del siglo XVI y los tiempos heroicos del Inca Manco. El primer Túpac Amaru ejecutado por Francisco Toledo y la resistencia perturbadora de Viteos, capital del Imperio Inca libre después de la conquista. La rebelión de 1767 se extiende al conjunto de las 17 provincias (Métraux, 1961). En 1738 es la conjura de Oruro; una decena de años más tarde la rebelión de Santos Atahualpa. Después, estrechamente ligados con la disidencia de Santos Atahualpa, los proyectos reformistas ante la Corona del franciscano mestizo Topa Yupanqui. En esta línea que modifica su alcance, se colocó la extraordinaria explosión de violencia provocada por las iniciativas del curaca José Gabriel Condorcanqui, ordinariamente conocida como el levantamiento de Túpac Amaru. Una tardía política de hispanización no impide el levantamiento a contracorriente de los caciques, de 1815, aplastado más fácilmente que los precedentes.

Aparte del Perú: Canex, en Yucatán, en la zona *maya*, en 1761; las concentraciones de negros "marrones" en la Serranía de Coro, en 1795, que siguen la línea de las conmociones endémicas del istmo de Panamá, a partir de los dos últimos cuartos del siglo XVI, que terminaron por ahogar de modo casi total, en el siglo XVII, la relación clásica que por Panamá tenían Perú y España; la resistencia a los impuestos en la región del Paraguay desde 1725; la resistencia de Venezuela a *La Compañía Guipuzcoana*, 1749 (Morelos Padrón, 1955); las resistencias violentas a las *alcabalas*, en Quito, en 1765; en el Nuevo Reino de Granada en 1780-1781. Esta fecha no es indiferente puesto que corresponde, a la vez, a las necesidades de dinero suscitadas por la política española —arrastrada por Francia y a disgusto contra Inglaterra y los insurgentes—, y a la enorme conmoción provocada por el levantamiento de los indios *quechuas* incitados por José Gabriel Condorcanqui, Túpac Amaru II, que se produce en este tiempo.

ricana, tratada por áreas culturales, no hay tiempo para detenerse en los sucesos que afectaron a la península ibérica en 1807, 1808 y hasta 1814.⁸

II Críticas y superaciones

Alrededor de este esquema propuesto inmediatamente después de cumplido el proceso, la historiografía no deja de aumentar desde hace ciento treinta años. Se necesitaría una gran dosis de ingenuidad y bastante soberbia para proponerse abolirla pura y simplemente. Un consenso tan grande aboga en favor de que hay una buena parte de verdad en su diseño. Por eso no podemos dejar de estimar que en su contenido hay una representación válida al 60 ó 70 %. Sin embargo, este esquema presenta varias fallas.

A. *Es demasiado simple*

Deliberadamente deja de lado la complejidad y la profundidad de las sociedades hispanoamericanas. Si la explicación de Braudel sobre las civilizaciones a niveles se aplica perfectamente al Mediterráneo, donde bastante después de Felipe II, Cristo se detiene en Eboli, con mucha mayor razón es válida para esta otra América, que relativiza constantemente el tiempo y transforma en kilómetros la centena de millares de años de la pre y de la proto historia.

La Independencia es obra de los criollos y de los mestizos claros, de algunos mestizos claros, de una elite, de las *castas*, que se dicen criollas. No nos equivoquemos, de una ínfima minoría de criollos en una América que en el siglo XVIII ha cambiado de color.⁹ Sería ingenuo no tomar en cuenta al 80 % de los no criollos y olvidar que pese a las reivindicaciones sumarias de los primeros movimientos revolucionarios en los movimientos mucho más radicales anteriores a 1816,¹⁰ esta masa no criolla en todo lado desempeña inconscientemente un papel, que es el de mantener la solidaridad imperial. Por otra parte, se trata de su interés, puesto

⁸ Es casi innecesario decir que los grandes libros clásicos de la historiografía norteamericana, que tratan particularmente el ambiente diplomático de la Independencia, no merecen este reproche. Basta recordar a J. Fred Rippy (1929), William Spence Robertson (1939) y Arthur Preston Whitaker (1941).

⁹ Teniendo en cuenta las evaluaciones útiles de Hernando Sánchez Barba (1958) y las del desaparecido Jaime Vicens Vives, pese a las reservas que suscitan en más de un punto, sobre todo por la excesiva confianza prestada a los trabajos de Angel Rosenblat. Para una población de América española, que alrededor de 1650 se evaluaba en algo menos de diez millones y medio de almas, nuestros autores suponen 655 000 blancos (6 %), 715 000 negros (7.2 %), 358 000 mestizos (9.5 %), 236 000 mulatos (2.3 %), más de 8 400 000 indios, es decir cerca de 81 % (80, 90 %). Poco antes de la Independencia, cuando es posible contar con los sólidos *censos* de 1791 (en Lima), 1764 (en México, del conde de Revillagigedo) y con las penetrantes reflexiones de Alexander von Humboldt, se llega al 20 % de blancos (algo más de 3 000 000), 26 % de mestizos (más de 4 000 000), 8 % de negros (1 200 000) y 46 % de indios, es decir cerca de 7 000 000 de almas más con un total muy próximo de 16 000 000 de habitantes.

¹⁰ La sublevación de los 90 días de Recife, en 1817, con un desnivel cronológico normal pertenece a este momento, al de las reivindicaciones no exclusivamente políticas, a diferencia de las revoluciones separatistas aunque conservadoras que se producen como reacción a las revoluciones liberales, pero decididamente imperialistas de Cádiz y, sobre todo, de Lisboa en 1820.

que la Independencia, frente a los criollos, la priva del apoyo intermitente y poco eficaz del poder central.

Esta masa no criolla actúa de doble manera respecto de la solidaridad atlántica que lleva el nombre de imperio; en especial de modo indirecto pero también directamente.

Indirectamente, tanto por su masa, como por su reciente rebeldía —de ahí el rol de Túpac Amaru en el clima tan particular de la Independencia peruana, ya que el Perú es un bastión de la lealtad imperial al estado puro, mientras que la metrópoli prácticamente nada puede hacer por él— pesa sobre la población blanca y contribuye a reforzar la necesidad de seguridad que en caso de peligro ofrece la solidaridad imperial. Se comprende así, que, en regla general, la profundidad del compromiso y, en especial, el momento de la independencia sean inversamente proporcionales a la masa de indios y negros dominados. México constituye así un caso intermedio entre las posiciones conservadoras del Alto y Bajo Perú y del Brasil, y las posiciones radicalizantes de Venezuela y del Río de la Plata.¹¹

Directamente, de manera verdaderamente excepcional, como en el caso de Venezuela, de los cuadros del ejército español bajo Fernando VII —¿es necesario decir de los funcionarios de los asuntos indígenas?— que arrastrarán a *gauchos*, indios o mestizos oscuros de los llanos contra las “burguesías ilustradas y frondosas de los grandes plantadores mirandinos y bolivarianos de la costa”.

B. Este esquema en parte es prestado

Está tomado del esquema de la Independencia de las colonias norteamericanas. La oposición al monopolio es tal vez el ejemplo más claro que se pueda invocar de asimilación simple y de contaminación mistificante. Naturalmente que los primeros imperios coloniales mueren a causa del pacto colonial. De una vez por todas, la América hispánica está sujeta a un regreso al *Boston Tea Party*. No es necesario recordar cómo las cosas son menos simples de lo que se afirmaba a fines del siglo pasado, incluso para la América del Norte. El *Boston Tea Party* es la reacción violenta contra una novedad. Se origina en el desacuerdo sobre la manera de cómo saldar el costo de una guerra victoriosa, es decir catastrófica para Inglaterra. La conquista del Canadá significaba un acontecimiento feliz para Nueva Inglaterra y las colonias del centro, que en ella encontraban las ventajas de una sustancial mejora para su seguridad, en razón de la acción de los exploradores de bosques franco-canadienses sobre la resistencia de las tribus indias. En una palabra, la metrópoli inglesa participó en el acontecimiento más allá de su estricto interés. Una fracción importante de la opinión británica podía legítimamente considerar que las 13 colonias, y particularmente las de Nueva Inglaterra, debían contribuir a la consolidación de una deuda contraída en su beneficio. Por eso se plantea en forma brusca y aguda el problema del consentimiento del *Commonwealth* anglo-americano al financiamiento de los gas-

¹¹ La población blanca representa sólo del 13 al 15 % de la población del Bajo y Alto Perú. Alcanza el 21 % en Nueva España. Es más elevada en el Nuevo Reino de Granada, 27 %, y en Venezuela sobrepasa el 40 %. Las proporciones son sensiblemente las mismas en el nuevo virreinato del Río de la Plata.

tos de la economía imperial. En estas condiciones, el movimiento de protesta se levanta no contra una situación antigua sino contra una nueva, en la medida en que con la revolución de los *clippers*, el imperio británico atlántico se convierte en realidad en la segunda mitad del siglo XVIII; el problema principal es de adopción de responsabilidades y de financiamiento de las decisiones y es así como muere el *Old Empire*; sería más exacto decir que es así como fracasa la creación de un verdadero imperio británico transatlántico. Puesto que, a decir verdad, antes de 1750 más que un imperio había yuxtaposición de estados virtualmente independientes. Incluso el *Boston Tea Party* es más conservador que revolucionario. La *pursuit of happiness* de la declaración de Jefferson es una justificación ideológica, y como toda justificación ideológica es *a posteriori* y no *primum mobile*.

Si en el Norte las cosas son menos simples de lo que se suele decir, con mayor razón lo son en el Sur. Si la Independencia de la América española hubiera sido una respuesta a los abusos del monopolio, se habría producido en 1580 cuando éste existía y se ejercía en beneficio exclusivo de españoles y europeos: españoles, portugueses, franceses, genoveses, flamencos, y desde un complejo portuario europeo, el de Sevilla. En efecto, se puede afirmar, con cifras en la mano,¹² que en el siglo XVIII la América española es prácticamente el único "territorio colonial" (la palabra, por otra parte, es nueva y no tendrá carta de ciudadanía sino en forma lenta y muy imperfecta) sobre el que sin duda alguna y al igual que en otros lugares se afirma blandamente el pacto colonial, que en la práctica no se cumple. Por otra parte, en la medida que, entre otras corrientes comerciales, existe una corriente importante con Cádiz, y después de 1776 y 1778, siempre con Cádiz en primera posición (en la proporción de dos tercios) y los puertos libres españoles, este tráfico se encuentra mucho más en manos de los ricos capitalistas criollos¹³ que entre las de comerciantes de la España europea.

Y esto nos lleva al principal reproche que es necesario hacerle al esquema tradicional: del mismo modo que la lucha contra el monopolio no lo es tanto de América con España, sino una lucha civil entre diferentes agrupaciones comerciales hispanoamericanas, así

¹² Durante gran parte del siglo XVIII, el volumen que totaliza el comercio interlope supera el volumen del tráfico que obedece al monopolio de Cádiz. Sin embargo, en los últimos años del siglo XVIII se asiste a un repunte singular. Nuestros cálculos dan razón a la notable intuición de Clarence H. Haring en su *Spanish Empire*: una multiplicación por 7 del tráfico entre 1778 y 1788. Este crecimiento concuerda con todo lo que se sabe de la coyuntura mundial. Pero, más allá del aumento de los volúmenes de intercambio, testimonia el crecimiento específico del tráfico de España. A fines del siglo XVIII, el monopolio crece más rápido que el interlope y este crecimiento beneficia a los grupos de comerciantes criollos (los *peruleros*). En 1779, por ejemplo, sólo en el puerto de Cádiz, que no es sino una parte entre las muchas del monopolio, llegan 14 navíos de las Indias, La Habana viene a la cabeza seguida de México y La Plata (AN. AE, B 350). En 1785 son 132 (51 de La Habana, 5 de Caracas y 13 de La Guayra, 3 de Buenos Aires, 14 de Montevideo, 2 de Cumaná, 5 de Cartagena, 3 de Honduras, 25 de Veracruz —éstos ganan en toneladas— 5 de Campeche, 1 de Puerto Rico, 5 de Lima), según un informe consular del 12 de agosto de 1786 (AN, AE, B 349).

¹³ Esta estructura funciona desde comienzos del siglo XVIII. Se nota claramente en la correspondencia consular de Cádiz. Reflexión, entre otras, con ocasión de la bancarrota de un banquero en 1704. (Carta de Mirasol a Pontchartrain, 22 de septiembre de 1704, AN. AE, B1 215, fo. 201.)

también la guerras de Independencia –no tanto las de la Independencia de la América anglosajona en las que, sin embargo, se estima que un tercio de la población americana permanece leal–, mucho más que una guerra entre Américas españolas y Españas europeas, son guerras civiles del Atlántico español, comandadas no por los acontecimientos de América sino por los acontecimientos españoles. Es por ello que éstas no llegan muy a su hora. El imperio Atlántico de España, no el de Portugal, se quebró aproximadamente 50 años antes de lograr su madurez. Por eso su quiebra se efectuó en condiciones tan catastróficas y por eso sus heridas hasta hoy son purulentas. No debiera hablarse de la independencia de América sino de la catastrófica independencia de España.

C

Este esquema no toma muy en cuenta las *articulaciones temporales y espaciales* o, si se prefiere, al matiz del espacio y el tiempo. Es exclusivamente americano, como si se pudiera dar cuenta de un fenómeno fundamentalmente atlántico limitándose a un conjunto de explicaciones exclusivamente americanas. Sería necesario analizarlo punto por punto, matizar los términos y limitar su alcance. Tal análisis nos llevaría demasiado lejos.

Acabamos de ver con qué prudencia se hace necesario manejar el análisis clásico de las consecuencias del monopolio. Por lo menos hay dos puntos esenciales en las explicaciones tradicionales que merecen especial atención. El complejo criollo de frustración respecto de los peninsulares y la participación de América en las “Luces”.

III El complejo criollo de frustración

Es universal. A fines del siglo XVIII ningún punto de la América española y portuguesa deja de tenerlo, aunque su carácter más agudo, portador de la crisis, es mucho más reciente de lo que generalmente se cree. Las injurias crecen del lado de la mayoría (hacia 1800, en América española apenas había alrededor de 150 000 peninsulares al lado de 2 900 000 criollos, 5% y 95% respectivamente, según el consenso general): criollos, contra *gachupines*, *chape-tones*, *godos* (este último término está lleno de sabor, puesto que en España se descende de los godos, como en Francia nos remontamos a las Cruzadas), tensión entre *mazombos* brasileños y *reinos*, *marinheiros*, peninsulares portugueses.

La tensión es mucho más reciente de lo que generalmente se cree, puesto que las condiciones que la originan no se remontan a los orígenes de la conquista. La posición que los peninsulares ocupan en América en buena parte se desprende de una reivindicación criolla; además, parcialmente tiene su origen en las variaciones del flujo migratorio y en las nuevas orientaciones de estas corrientes migratorias. Incluso, en cierta medida y con un toque de humor, se podría afirmar que la oposición entre criollos y peninsulares en cierta forma traspone hacia América las tensiones provinciales de España tradicionalmente opuestas. La mayoría peninsular (5% de la población blanca en América española, menos de 1% del total) no ocupa una mejor posición social que la mayo-

ría criolla (19 a 20% de la población total). Evidentemente ésta se concentra en la administración. Pero entre los peninsulares hay una proporción bastante fuerte de pequeños asalariados con muchas pretensiones. Lo que es verdad para la América española también lo es para el Brasil. En el siglo XVIII se acrecienta la parte que en la administración se reserva a los peninsulares a un ritmo mayor que el volumen global de la misma administración. Ocurre a partir del establecimiento de las intendencias, es decir una administración más eficaz que la antigua administración, esencialmente colegiada. Se sabe que la reforma gana lentamente terreno en el curso del último tercio del siglo XVIII.¹⁴ Significa una mayor eficacia. Esta nueva administración, que se superpone a la antigua, pertenece aún más a los peninsulares. Es más poderosa. Por eso refuerza considerablemente la posición de los peninsulares en las últimas décadas del siglo XVIII. Es una consecuencia de la ola de reformas de la España europea que con cierto desnivel alcanza a la España americana. A decir verdad, el lugar de los peninsulares en la administración no es sino la inevitable compensación de su insignificancia en el aparato económico. Los señores de la mina, de la tierra, del negocio y, paradójicamente, del interior mismo del monopolio son criollos, en virtud de la ley de rendimientos decrecientes. El *rush* peninsular hacia la administración de la *contraparte* de esta exclusión en las posiciones claves de la vida económica.

Otro punto invocado, a menudo corolario del precedente que se refiere al lugar de los peninsulares en las posiciones cumbres de la jerarquía eclesiástica de las Indias, pierde su significación objetiva si se tiene en cuenta que no sólo ésta sino que el clero en su totalidad sigue teniendo en gran parte un carácter misional, es decir peninsular, a causa de la falta de vocación y del débil grado de cultura de la población mestiza e incluso criolla. En buena parte sigue ocurriendo lo mismo a mediados del siglo XX. La jerarquía eclesiástica no hace sino traducir, acentuándolo, el lugar dominante de los peninsulares en la base de dicha jerarquía.

Por último, en algunos puntos sensibles de la estructura social las tensiones ocasionadas por los peninsulares tienden a incrementarse por razones hasta ahora insuficientemente señaladas. Una es coyuntural y la otra es casi estructural. A partir de 1770-1780, el incremento de las corrientes migratorias normales, en proporciones que aún no podemos cifrar, al parecer da lugar a una multiplicación de los niveles en la primera mitad y, tal vez en los tres primeros cuartos del siglo XVIII.¹⁵ Este incremento notable se ex-

¹⁴ La decisión de una poderosa reforma administrativa es la consecuencia, en lo inmediato, del choque que se produce con la ocupación inglesa de La Habana en 1762. Es por esto que la reforma comienza, precisamente, por La Habana. El primer intendente, Miguel de Altarriba, toma posesión del cargo en marzo de 1765. Se extiende al continente después de la visita de José Gálvez a Nueva España en 1767. El sistema se implanta difícilmente a partir de 1770 pues encuentra gran resistencia. En ese extremo del mundo que es el virreinato del Río de La Plata la nueva administración no hace su aparición antes de 1782 (Lynch, 1958).

¹⁵ Hernando Sánchez Barba evalúa esta corriente migratoria en 52 000 almas para el conjunto del siglo XVIII, es decir una media de 500 personas por año, teniendo en cuenta la emigración fraudulenta. Este promedio que es razonable para los dos primeros tercios del siglo XVIII nos parece notoriamente insuficiente hacia fines del siglo (Sánchez Barba, 1958, C, IV, p. 326).

plica fácilmente por el aumento demográfico en la península ibérica, por la mejora en las condiciones de navegación¹⁶ y, sobre todo, por la fantástica prosperidad coyuntural de fines del siglo XVIII, que en América se experimenta mucho más que en Europa.¹⁷ Por consiguiente, el sentimiento de ser invadidos, el endurecimiento de las posiciones de un cuerpo que se siente víctima de una agresión (y este sentimiento es tanto más violento porque se trata de una emigración del sector "terciario", al que le resulta difícil integrarse) del que tantos textos dan testimonio, traduce una realidad coyuntural.

Por otra parte, ¿se ha ponderado en qué medida esta emigración es, por su origen, diferente a la de los siglos XVI y XVII? Los estudios de Pérez Bustamante (1941) y Rodríguez Arzúa (1947) sobre el *Catálogo de pasajeros a Indias*¹⁸ revelan claramente cómo en la emigración del siglo XVI son dominantes los sectores del Sur: Andalucía, Extremadura y el Sur de Castilla.¹⁹ Paradójicamente se conocen menos las corrientes migratorias de fines del siglo XVIII, en parte porque las corrientes clandestinas son más importantes. Una cosa es cierta: el Cantábrico tomó el lugar del Sur (Andalucía, Extremadura, Sur de Castilla), y Galicia (Meijidi, 1960), notoriamente el de Andalucía. El folklore "antigachupín" no deja de recordar el folklore "anticantábrico"²⁰ y en Sevilla particularmente el "antigallego". El *chapelón* es el indispensable "marido engañado" de las historias criollas, así como el *gallego* lo es de las

¹⁶ Se puede decir que después de una larga etapa de estancamiento de las técnicas marinas, que se extiende desde el siglo XV hasta mediados del siglo XVIII, se produce una permutación alrededor de la década de 1780. El brusco crecimiento de la talla y del número de navíos, su mayor velocidad, y lo seguro de sus dietas dentro de un sector poco progresivo de la "Carrera de Indias" son un buen testimonio.

¹⁷ Nuestras investigaciones sobre el tráfico de España y América muestran claramente que el tráfico entre España y América española, aunque muy tradicional, constituía un sector privilegiado de máximo crecimiento (Chaunu, 1963 ms.).

¹⁸ De las 150 000 fichas de salida conservadas por el Archivo de Indias, material invaluable para la historia antigua de la emigración a América, hay tres volúmenes publicados; su continuación está detenida por dificultades materiales que los organismos internacionales podrían útilmente resolver. *Catálogos de pasajeros a Indias, durante los siglos XVI-XVII-XVIII. Redactado por el personal facultativo del Archivo General de Indias, bajo la dirección del director del mismo, don Cristóbal Bermúdez Plata*, Sevilla, G.S.I.C., Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 3 vols. publicados: Tomo I (1509-1534), 1940, xv + 524 p., pl. (5 320 licencias); Tomo II (1535-1538), 1942, x + 512 p., pl. (5 600 licencias); Tomo III, (1946), x + 536 p., pl.

¹⁹ Las conclusiones de Bustamante y Arzúa pueden resumirse así: la exclusión de los no cristianos y de los extranjeros fue al comienzo más efectiva de lo que se creía; una emigración originaria del reino de Castilla (con predominio de andaluces, 37.5%, importancia de los aportes de la Meseta Central, 47.7%; las provincias del Norte, la España cantábrica, siguen muy atrás con 5.5%). Más del 95% de los migrantes son originarios de los estados de la Corona de Castilla (que en realidad agrupa el 85% de la población española). La Corona de Aragón no suministró mucho, 3.3% de los cuales 1.1% solamente de *Levante*. Este predominio del Sur queda atestiguado por la dialectología criolla. El hispanoamericano es de raíz andaluza y toledana.

²⁰ Nuestros cónsules de Andalucía sobre este punto son muy buenos testigos. Después de una residencia de varias decenas de años (tal fue el caso de Catalán, en la segunda mitad del siglo XVII) se convierten en andaluces tan perfectos que sus cartas e informes transmiten con aplicación todo el arsenal del complejo anticantábrico. Notemos que Cádiz es particularmente antivizcaíno. Por otra parte el "vizcaíno" significa, por extensión, el hombre de la costa noroeste, de Bayona a Fuenterrabía y, más precisamente todavía, la colonia vasca de Sevilla, verdadera pesadilla de los gaditanos del siglo XVIII.

andaluzas. Se encuentra que, en caricatura, los criollos tienen más o menos un origen "andaluz-extremeño" y que los *chapetones* de fines del siglo XVIII son *gallegos* auténticos. ¿Es necesario decir que las guerras carlistas del siglo XIX prueban que estas tensiones provinciales peninsulares son algo más que simples supervivencias folklóricas?

Pero el incremento de la tensión tiene un origen diferente. Se desprende del complejo étnico racial de la sociedad americana, estudiado por Richard Konetzke hace ya algún tiempo (Konetzke, 1946, 1950a, 1950b, 1951a y 1951b). Es posible que al comienzo la sociedad hispanoamericana no fuera racista. Sin demasiada reticencia le damos razón a quienes, como Richard Konetzke, han abordado el problema.²¹ Se la acordamos aún más a la amistad de los hispanoamericanos, que le conceden gran importancia. A decir verdad, el problema así planteado casi no tiene sentido. Sin embargo, lo seguro es que posiblemente no lo tuviera al principio, pero llegó a tenerlo. Rápido y bien. Porque en América como en todo lugar hay vencedores y vencidos. *Possidentes y non possidentes*, grandes y pequeños, y la experiencia diaria coloca a los blancos en lo alto de la escala social y a los otros en la parte baja; a los indios libres, incluso a los incas, debajo de los negros, aunque fueran esclavos.²² La escala social se confunde demasiado con el espectro de los colores de la piel, para que *pardos*, negros y sobre todo los indios se vean aplastados por un desprecio que es tal vez más social que racial. Esto importa poco. El desprecio existe.

Esta escala étnica de valores sociales fue establecida por la sociedad criolla para hacer frente a las poblaciones de color dominadas. Con el transcurso del tiempo en cierta manera se afirma dinámicamente cada vez más. Pero este instrumento concebido por la sociedad criolla, en forma progresiva y casi necesaria, se vuelve contra ella. Esta sociedad criolla que con tanta intransigencia afirma la superioridad de los valores blancos edifica, al mismo tiempo, el complejo psicosocial que coloca encima de ella a los peninsulares. Los criollos de América, los de la América española, y también los de Brasil, no son blancos sino en forma aproximada ante los ojos de las clasificaciones indulgentes de la administra-

²¹ En estos tiempos de descolonización en superficie y de colonización en profundidad, estas cuestiones están tan cargadas de elementos afectivos que es difícil abordarlas con objetividad. Digamos solamente que tanto los iberoamericanos como los peninsulares se consideran menos sensibles a las diferencias raciales que otros pueblos. Difícilmente puede irse al encuentro de tal *consensus*. En esta representación hay una buena parte de verdad. Los ibéricos son menos racistas que la mayor parte de los europeos e infinitamente menos que la mayor parte de los pueblos de Asia y de África. Esta menor sensibilidad de ninguna manera significa insensibilidad. El argumento del mestizaje y, más todavía, el argumento sexual no pueden tenerse en cuenta en la medida que en el siglo XVI la emigración ibérica masculina de 97%, no ofrecía alternativa. No se puede juzgar la actitud masculina, pero sí es significativa la actitud femenina, o la actitud de los hombres hacia los matrimonios mixtos contraídos por las mujeres de su raza.

²² Sobre la verdadera situación de los "indios" súbditos libres del rey y los "negros" esclavos, casi siempre en situación de violentar a los indios, que con voluptuosidad se dedican a este tipo de compensación hay pruebas irrefutables, sobre todo en Konetzke, *Colección de documentos para la historia social de Hispanoamérica*, vol. I, y también en nuestro *Pour une histoire sociale de l'Amérique Espagnole coloniale*, 1954; además en las escenas en las puertas de México, presentadas por Irving Leonard (1953).

ción colonial, en razón del muy débil nivel (3% al comienzo, en la primera mitad del siglo xvi) de emigración femenina. Por eso, las afirmaciones evidentemente contradictorias que muy a menudo se encuentran en las pretensiones criollas que, de una parte, aspiran a una ascendencia europea pura y, de otra, a la de un cacique indio. Se es, a la vez, *título e inca*. Sin tener en cuenta su arrogancia, la familia criolla más pura es, sin embargo, un poco menos blanca que el más humilde de los gachupines salido del corazón de Galicia. Se puede afirmar, sin paradoja, que es la misma sociedad criolla la que, impulsada por su vanidad, coloca sobre ella los valores peninsulares. La contradicción resulta más penosa porque se sitúa en el nivel más alto de la sociedad criolla. Si la administración colonial es peninsular, lo es accesoriamente por presión de los peninsulares en las Indias, y más accesoriamente todavía, por presión del gobierno central y, con toda seguridad, lo es en virtud de la dinámica profunda de la sociedad colonial. De ahí la tentación de aligerar la pirámide social de una pesada cima y la tentación para los criollos, dueños de valores blancos aproximativos, de quedar solos en la cima de una sociedad que hacen opresiva en su provecho. Es así como se puede esquematizar, en estructura y en coyuntura, esta decisiva oposición en la quiebra dolorosa de la solidaridad imperial transatlántica.

IV Participación de América en las "Luces"

Tercera aproximación al esquema tradicional

Pese a numerosas reservas, hay todavía muchas simplificaciones. Analicemos una que es de orden cronológico. La participación de América en las "Luces" del siglo xviii es, a la vez, más tardía y más desigual de lo que se afirma de ordinario. Se podría decir, esquemáticamente, que el siglo xviii se sitúa en América hispánica en el siglo xix. La América española es española. Casi da vergüenza decirlo, es una provincia de la España ilustrada. La participación de España en las corrientes racionalistas del siglo xviii²³ es tardía y ambigua. La participación de la América española en las corrientes racionalistas del siglo xviii es aún más tardía y ambigua, pues la América es provincial. Y, si acaso tenemos la impresión de que ocurre de otra manera, no se origina en la América española sino en España. Es en España donde se produce la quiebra. La invasión de 1808 y el levantamiento de América comprometen profundamente, durante casi un siglo, ante los ojos de las masas más que de la elite, los valores del siglo xviii designados bajo el rubro de "afrancesados". *Documentos robados por france-*

²³ En *L'Espagne éclairée*, Jean Sarrailh (1953) muestra un desnivel cronológico semi-secular. Marcelin Défourneaux lo establece en el texto corregido y aumentado de su tesis complementaria: *L'Inquisition et les livres français aux xviii^e siècle* y que se complementa con el artículo de Paul J. Guinard "Le livre dans la péninsule ibérique aux xviii^e siècle. Témoignage d'un libraire français" (1957). Es sintomático que hasta 1747 la Inquisición española haya mostrado una indiferencia total a la corriente filosófica. La toma de conciencia no se efectúa antes de la década de 1750. Hasta mediados del siglo xviii, la Inquisición española únicamente se ocupa de perseguir uno de los aspectos del fundamentalismo cristiano en la forma jansenista.

ses o españoles afrancesados, es una nota marginal que muchas veces se repite en los grandes inventarios de la *Casa de la Contratación*, en el Archivo de Indias y que invita a una justa reflexión. Las “Luces” españolas fueron tardías pero vigorosas. Como es normal, la provincia americana participa con retraso, pero sin solución de continuidad. La América española nos ilustra sobre el destino de una España no privada de su *Ilustración* por el traumatismo de la invasión napoleónica. No se aprecia bastante esta verdad elemental: la Armada Invencible había sido una de las más extraordinarias máquinas de guerra de la historia. El levantamiento nacional de 1808-1814, más que ningún otro, contribuyó a quebrarla. Con un precio que excede el heroísmo desplegado.

La participación de América en la corriente europea de las “Luces” es desigual.²⁴ Directa y profunda en la costa de Tierra Firme, entre Cartagena y Trinidad, muy particularmente en la Venezuela de Miranda y de Bolívar, cuyo rol es decisivo en la primera fase de la Revolución y que escapa casi totalmente al monopolio, es decir a España, a partir de 1620-1630. Es casi igualmente profunda y rápida en el virreinato del Río de La Plata, que al desligarse de Lima en 1776 en buena parte lo hace de España. La paradójica sociedad internacional de las universidades al pie de los Andes da un testimonio bastante curioso. Es mucho menos neto que Nueva España. Es aún menos profundo en todo el eje andino el exvirreinato del Perú. En cambio, resulta privilegiada la posición de Chile, regularmente debilitada desde los primeros años del siglo XVIII a causa de la navegación del Cabo de Hornos por franceses y angloholandeses.

Se ve así dibujarse la geografía de la Independencia. De una parte, Venezuela, Río de La Plata y Chile; de otra, el eje fidelista de los Andes; México ambiguo entre los dos. Pero ¿cómo conciliar esta participación, dicha con rapidez y escrita con gran ligereza, con las “Luces” europeas y con la enseñanza únicamente escolástica de los colegios mexicanos de mediados del siglo XIX?²⁵ Es necesario precisar que de un total de 3 000 000 de criollos, a los que se añaden 1 000 000 de mestizos claros, como únicos actuantes y

²⁴ Dígase lo que se diga, allí los niveles medios de cultura son extremadamente bajos a causa, principalmente, de las enormes distancias. Inferiores a los niveles de cultura popular de la España peninsular. Esta minimización alcanza su máximo en la escala de los valores culturales esperados. Véanse, por ejemplo, las reediciones de José Toribio Medina (1955 y 1956). Numerosos ejemplos del mediocre nivel de cultura teológica en los mismos Inquisidores, a quienes sorprenden preguntas anodinas, o afirmaciones emitidas en la cátedra, en el calor de un sermón, son consignadas al *Santo Tribunal*. Se piden instrucciones a Toledo. Un conocimiento incluso superficial de las decisiones del Concilio de Trento los hubiera sacado del paso. Dos o tres años de prisión y llega de España la orden de liberación. Fria como un puñal, acompañada a veces de un comentario severo, aunque bien merecido.

²⁵ Los índices de actividad que establecimos en *Séville et l'Atlantique 1504-1650* (Sevpen, París, 1955-1960, 12 vols., 7 353 p.) y aquéllos en cuya elaboración trabajamos en *Cádiz et l'Atlantique 1651-1808* lo muestran claramente. Apresurémonos a añadir que desde la segunda mitad del siglo XVII los mejores tratadistas tuvieron perfecta conciencia de esto. La primera afirmación, incluso ambigua, de una salida virtual de parte de América del Imperio de España: la costa de Tierra Firme, especialmente de Cartagena a la Trinidad, se encuentra en Miguel Álvarez Osorio y Redín: *Extensión Política y Económica*, escrita en los años 80 del siglo XVIII y publicada como apéndice en la *Educación Popular* de Campomanes.

también como únicos interesados, sólo una ínfima parte entre la minoría que lee es afectada por la filosofía racionalista del siglo XVIII.²⁶ La América española que no es sino una provincia de Europa, aunque ambigua y frágil, no inventa la Independencia, la recibe.

V Un esquema más complejo

Se podrían multiplicar las críticas fáciles a este esquema del que en cierta forma todos somos tributarios. Tal vez lo más útil sea enriquecerlo y precisarlo. Hay tres maneras de lograrlo.

1. Una cronología paradójica

Los imperios ibéricos se quiebran entre 1808-1824, en un momento que en lo esencial se debe a un concurso de circunstancias, paradójicas y europeas, es decir exteriores. El fin del imperio de los ibéricos o, si se prefiere, la Independencia, normalmente se sitúa y se espera en dos momentos: *mucho antes o mucho después*. Era normal que en América el Imperio español se derrumbase a fines del siglo XVII, al finalizar una fase B que había enriquecido a las Indias, por lo menos relativamente, a la vez que había empobrecido a la España peninsular, momento en que el monopolio había dejado de existir,²⁷ cuando el Imperio de hecho se reduce a una comunidad de sentimientos y de cultura. Es así como lo entienden las Cortes europeas. De allí los tratados de reparto que el coraje final de Carlos II y la inteligencia de Luis XIV logran esquivar *in extremis*. Pero este imperio –valdría mejor decir, menos ambiciosamente, la presencia de España en América–,²⁸ seguramente se salva entonces por su debilidad. En lo esencial, América sigue siendo española en la medida que, con o sin la cláusula de Utrecht, es una América abierta. En lo esencial América sigue siendo española gracias a una división del trabajo que deja a los españoles las preocupaciones y el peso de la administración y que hace de ella un *condominium* de hecho de las potencias marítimas, a la *prorata* de su marina y de su potencia marítima y de la eficacia de sus estructuras capitalistas: Inglaterra y Francia, a la cabeza, Holanda bastante atrás, de 1700 a 1770, son las metrópolis efectivas de la América española.

En cambio, de 1770 a 1800, en la medida en que España se recupera en todos los dominios, realiza un esfuerzo administra-

²⁶ Sobre el mantenimiento de una enseñanza que recuerda mucho más a Montaigne en la edad heroica o a las efímeras escuelas centrales de la Convención termodoriana, se encontrará una numerosa y segura colección de pruebas en las buenas biografías que abundan sobre el personal político de la Independencia. Sobre el Colegio San Ildefonso a mediados del siglo XIX, en razón del rol de Tejada como alumno, como profesor (1841-1852), y después como rector de San Ildefonso (1862-1863), véase Frank Averill Knapp (h.) (1951).

²⁷ Para la declinación de las curvas del tráfico en la *Carrera* entre 1680 y 1700 véase *Cádiz et l'Atlantique (1651-1808)*.

²⁸ Esta presencia no desaparece con la Independencia: da nacimiento a una toma de conciencia que puede llamarse panhispanismo. Para este punto de historia semi-política y semi-intelectual véase el extenso estudio de Van Aken (1959), *Panhispanism. Its Origin and Development to 1866*.

tivo, político y económico por restituirle un vigor más grande a la noción de imperio.²⁹

Se necesitaría hablar de una pujante reacción imperial en los años 1760-1780 del siglo XVIII. La reacción imperial de 1763 a 1765, en el *Old Empire* británico basta para provocar el levantamiento de 1776 a 1783. Se debe a que el *Commonwealth* británico de América ha alcanzado un punto de maduración mucho más elevado y a que el Imperio británico es mucho más exigente y más eficaz que el Imperio español. La reacción imperial de las últimas décadas del siglo XVIII no es suficiente para eclipsar al Imperio español. Se necesitará que se añada la acción combinada del catastrófico corte virtual de las comunicaciones, casi ininterrumpidas de 1796 a 1808,³⁰ como consecuencia del olvido de Godoy de la máxima atribuida a Felipe II: *Guerra contra todos y paz con Inglaterra* (entiéndase la ruptura del *gentlemen agreement* que aseguraba al Imperio español, adjudicándose la mejor parte contra la Gran Bretaña, potencia marítima dominante), y consecuencia del derrumbe de la metrópoli de 1808 a 1814.

Se puede imaginar todavía otra fecha lógica para el fin de los imperios, la década de 1860, evidentemente un poco más tarde. En efecto, esta década es también la de la Guerra de Secesión, la de la construcción de los ferrocarriles y la de la instalación de una potencia industrial en el noroeste de los EE.UU., el fin del verdadero tiempo colonial por el establecimiento en América de un auténtico polo americano de dominación. Es posible imaginarse que de pasar directamente de la dominación teórica de España a la

²⁹ En apoyo de esta gran apertura del Imperio español hay una abundante documentación. Sobre la apertura precoz del extremo sudamericano, hermosa cosecha trae E. U. Dahlgren (1909). Algo más existe en los numerosos *legajos* de los Archivos de Indias: Indiferente General 2 720 (Chaunu, t. VIII, p. 1177-1178, nota 1); en los Archivos de Asuntos Extranjeros de París hay precisiones entre otras, sobre el comercio inglés con las Indias en el *Asiento*; en la larga memoria de 1724, A.E., *Mémoire et documents, Espagne*; núm. 32, folio 16 sq.: "el excedente de las grandes riquezas que vienen directamente (fo. 107 vta.) de las Indias occidentales a Inglaterra son resultado de las mercancías y pacotilla que los señores ingleses, al igual que los Directores de la Compañía del Mar del Sur, embarcan en los navíos del asiento; y por las que se depositan en Jamaica que es el depósito de todos los artículos que se venden muy ventajosamente tanto en Cartagena como en Veracruz"; más testimonio del papel de Jamaica, superior al de Caracas y de Aruba, en el desmantelamiento comercial del mar Caribe; expresado en términos muy claros el rol bien conocido del navío tienda (*ibid.*, fo. 19): "el permiso que tienen los ingleses para enviar directamente a las Indias occidentales un navío de 500 toneladas es infinitamente más perjudicial al comercio que las demás naciones tienen en las Indias españolas por el viaje de Cádiz, porque bajo pretexto de llevarle refrigerio a ese navío de 500 toneladas, mientras está en el puerto de Cartagena y de Veracruz, le llevan desde Jamaica muchas clases de mercancías que guardan en barriles y toneles, lo que hace que sus navíos no estén nunca vacíos y siempre provistos con todos los efectos que se venden más ventajosamente. Es notorio y público que los ingleses tienen una ventaja muy considerable sobre todas las otras naciones de Europa por el comercio directo con las Indias occidentales, del mismo modo que es de interés de estas mismas naciones de tomar el hecho y causa del Rey Católico y de usarlo para hacer valer su pretensión (fo. 109 vta.), y aun si (fo. 110) se necesitara darles a costa del comercio general que se hace por Cádiz hasta 200 000 piastras en cada partida de flotas y leones".

³⁰ Durante todo el periodo de la alianza de España con la Francia republicana e imperial, desde el Tratado de San Ildefonso (19 de agosto de 1796), con la corta interrupción de la paz de Amiens. El libro fundamental es todavía el de André Fugier (1930). También es útil revisar, del lado inglés, el estudio de Francis Armitage (1953).

dominación efectiva de los Estados Unidos, por lo menos parte de la América española se habría ahorrado esta era de conmociones que, de 1810 a 1880, es el signo concreto de una ruptura política prematura. En esta perspectiva, las Filipinas ofrecen el esquema de lo que lógicamente hubiera podido ser la evolución de la América española sin la catástrofe de la invasión napoleónica.

2. El derrumbe de la península ibérica

Lo que al efecto debe sorprender, y que a decir verdad es bien revelador, es que el Imperio español haya podido resistir tanto tiempo a la imprudencia de la alianza francesa.³¹ De hecho, había sido poco afectado por el contagio de América del Norte, lejana en densidad de viajes, en distancia de tiempos, en afinidad más lejana que cualquier punto de Europa.³² Tampoco fue muy afectado

³¹ La supervivencia a lo largo de todo el siglo XVIII de la presencia española en América se explica, también, por la prudente política de la Corte de Madrid y por la indolencia de su administración. Resulta esclarecedora la correspondencia diplomática de mediados del siglo XVIII (Ozanam, 1960). Entre 1741 y 1757, Versalles se encoleriza por no poder arrastrar contra Inglaterra a Madrid, siempre en retirada. La preocupación es permanente, casi estructural. Hay dos pasajes útiles en el tomo IV de las *Instructions*, un memorándum junto a las instrucciones del Conde de Vaulgrenant, de abril de 1749, al parecer de Bussy, anotado por el mariscal de Noailles: "Como una consecuencia de la manera de pensar del Sr. Carbajal y del Ministro español, reunido al genio de la nación que tiene por principio *Paz con los ingleses y guerra contra todos*, el comercio de los ingleses tendrá siempre preferencia sobre el de los franceses..." "El zarpazo final no tiene gran importancia a menos que se use como ellos para convertirse en el amo de la España burocrática y de los jueces del comercio a través del dinero." Y Noailles añade una nota: "Se queda persuadido que adoptan todos este proverbio", el mismo que el Duque de Alba, según la tradición, la adjudica a Felipe II: "Paz con los ingleses y guerra contra todos" (Ozanam, 1960, p. 49-50).

Mejor todavía la memoria remitida al Marqués d'Aubeterre (27 de febrero, 1757). Allí se analizan las causas de la política neutral española en el conflicto anglo-francés (Ozanam, 1960, p. 82): "los ministros españoles después de haber afectado creer que las discusiones relativas a América de Francia con Inglaterra no significarían una ruptura entre las dos Coronas. enseguida quedaron convencidos que la guerra... se convertiría más viva y más larga si el Rey de España se pronunciaba a favor de Francia. Partiendo de este principio real o supuesto, la corte de Madrid ha adoptado un sistema de neutralidad y de inacción tan favorable a Inglaterra como peligroso para Francia" (Ozanam, 1960, p. 91). Este texto contiene, además, una confesión implícita. Para conservar América, España, parcialmente derrotada, escogió el compromiso que entregaba las Indias al comercio de la potencia marítima dominante, quedándose con el control político y con un beneficio mínimo. En la segunda mitad del siglo XVII, según la correspondencia de Catalán (A.N. A.E. B.1, 211, 212, 213), se sigue el juego holandés. En el siglo XVIII, después del episodio estruendoso del *condominium* franco-español de 1701 a 1713... el compromiso inglés. La cólera de Versalles no podrá nada por largo tiempo. Hasta que España por olvidarlo un instante recibió la reprimenda de la toma de La Habana en 1762. La advertencia es escuchada durante 20 años y la intervención tardía de la América inglesa en la guerra de la Independencia le aporta al Imperio español un éxito inmediato, cargado de molestas consecuencias.

³² Es necesario recordar la mediocridad estructural que hasta la crisis de los años 30 en el siglo XX tuvieron las comunicaciones Norte-Sur a todo lo largo del continente americano, en comparación con las comunicaciones Oeste-Este y Este-Oeste..., relaciones a lo largo de los paralelos que durante largo tiempo le dieron una base a los imperios transatlánticos. La mediocridad de las comunicaciones entre América española y América anglosajona, entre las dos Independencias, en la confluencia de los siglos XVIII y XIX, tiene un buen testimonio indirecto en los estudios de Robert Sidney Smith (1934) y Chaunu (1963, t. VIII, p. 724-726).

Se apreciará la insignificancia que en esta Nueva España aparentemente próxima

por la Revolución francesa. El ejemplo de Haití pudo revelar concretamente a los criollos el peligro que ésta significaba para una sociedad basada en un complejo étnico-social de dominación. La piadosa sociedad americana se había escandalizado por las pasiones anticristianas de la Francia revolucionaria. Sin embargo, resulta sorprendente que el Imperio, debilitado por la reacción metropolitana de los últimos años del siglo XVIII, haya podido atravesar una década en la que de hecho las comunicaciones estuvieron cortadas (1797-1808), y reaccionar con un movimiento fidelista al anuncio del derrumbe de España y resistir todavía por largo tiempo a los requerimientos de los agentes provocadores de la Francia napoleónica.

3. Guerra civil y doble independencia

Al término de estas acciones combinadas, cuando estallan los movimientos separatistas hacia 1810-1811, es necesario precisar bien que en ningún caso se trata de conflictos entre colonias y metrópoli, por una razón muy simple, y es que desde hace 15 años la metrópoli está ausente; y que no estará presente hasta 1814-1816. Las guerras impropriamente llamadas Guerras de la Independencia no son otra cosa que guerras civiles de América. Oponen a elementos fidelistas y elementos patriotas. Al mismo tiempo revelan la geografía profunda del Imperio. Los movimientos separatistas triunfan inmediatamente en el Río de La Plata; en Venezuela no ceden sino por una presión intensa del ejército español, el único lugar donde tuvo posibilidad de actuar. Río de La Plata y Venezuela son los dos sectores más maduros, donde desde hacía tiempo la presencia de España no era sino virtual. El movimiento separatista finalmente vence en Chile, pero con ayuda extranjera: las tropas *rioplatenses* de San Martín. Fracasa en México, donde los movimientos políticos radicales de Hidalgo y de Morelos, comprometidos más que ayudados por su filoindianismo verbal, a decir verdad puramente teórico y totalmente ineficaz, sucumben ante las fuerzas fidelistas —que allí son particularmente conservadoras—, a la cabeza de las cuales se destaca la figura de Iturbide (Robertson, 1952). En lo que concierne al núcleo sólido del eje andino, éste no se mueve. Por el contrario proporciona fuerzas para la reconquista que hacia 1816 y 1817 casi está terminada en todo lugar, con la sola excepción del Río de La Plata, definitivamente perdido. Y es que en el Perú, Hidalgo y Morelos se llaman Túpac Amaru. El recuerdo de la masacre de 1780-1781, las masas vibrantes de indios cuya aparente apatía disimula una extraordinaria capacidad de odio y de legítimo rencor, la posición extremadamente minoritaria de los criollos, su hispanidad sin compromiso y el beneficio que por mucho tiempo obtuvieron de las vinculaciones imperiales bastaban para asegurar la fidelidad al Imperio.

Los años 1810-1817 permiten medir el alcance muy limitado de las fuerzas auténticamente secesionistas, su insignificancia casi

—aunque es una ilusión— tiene hasta 1808 todo lo que procede de los Estados Unidos y su mediocridad hasta muy después de finalizada la Independencia hispanoamericana.

general que sin las conmociones provocadas por la invasión napoleónica le hubieran asegurado al Imperio largos años de permanencia.

El Brasil no escapa a este esquema. La rebelión de los 90 días de Recife contra el poder legítimo del Imperio, replegado a Río, muestra hasta qué punto son minoritarias las fuerzas separatistas, allí como en todo lugar.³³ En realidad, las estructuras sociales de Brasil aseguran el conservadurismo de la minoría blanca.³⁴

Es a una segunda ola que América Latina debe lo que se conviene en llamar su Independencia. En casi todas partes la idea de la ruptura une a las mayorías criollas inmediatamente después de la revolución liberal que en 1820 afecta a la península ibérica. Es innecesario recordar que el cisma brasileño-portugués se hizo sin violencia. Brasil consigue la independencia *de facto*. El escándalo y la afirmación *de jure* se producen cuando los liberales en el poder, esos reformistas liberales que también son imperialistas, desean restablecer entre Portugal y Brasil las relaciones de metrópoli a colonia que éste ya no conoce desde 1808.

En México, William Spence Robertson ha mostrado en términos muy claros el cambio de los fidelistas vencedores y el triunfo de la revolución conservadora con Iturbide (Robertson, 1929; Delgado, 1949, 1950a y 1950b). En cuanto a la secesión final del Perú se logra *in extremis*, con una invasión de tropas extranjeras del Norte y del Sur, contra la voluntad de la mayoría de la población criolla, es decir contra la mayoría de la población consciente. El vacío de poder en España y la oposición formal de Inglaterra que se cree beneficiaria en la operación —el testimonio poco sospecho de James Paroissien muestra que no tardará en desengañarse—³⁵ le impide ir en auxilio de sus fieles provincias de América.³⁶

Estas explicaciones no suprimen el esquema clásico. Se añaden a él sin recortarlo. Tienen la ventaja de explicar mejor el siglo de conmociones que, desde comienzos hasta fines del siglo XIX, llevan al continente iberoamericano del esplendor de los últimos tiempos coloniales a la dura condición de continente subdesarrollado. En buena cuenta es necesario esperar la mitad del siglo XX para que, finalmente, América Latina parezca estar en condiciones de separarse del universo de los pobres para levantarse, penosamente, hacia la envidiable posición de los *beati possidentes* del siglo XXI.

BIBLIOGRAFÍA

- Alba, Víctor (1960), *Ideas sociales contemporáneas en México*, F.C.E., México, 473 p.
- Armytage, Francis (1953), *The Free Post System in the British West Indians. A Study in Commercial Policy. 1766-1822*, Londres, Longmans Green, 176 p.
- Chaunu, H. Z. P. (1954), "Pour une histoire sociale de l'Amérique espagnole coloniale", *Revue Historique*, París, vol. II, p. 309-316; *Cádiz et l'Atlantique 1651-1808*, París, 1963 ms., *Séville et Atlantique*, París, 11 vols., 1955-1960.
- Dahlgren, E. W. (1909), *Les relations commerciales et maritimes entre la France et les côtes de l'Océan Pacifique (Commencement du XVII^e siècle)*, París, 740 p.
- Delgado, Jaime (1949), "La misión de México de don Juan O'Donoju", *Revista de Indias*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, vol. 35, p. 25-37; (1950a) "La pacificación de América en 1818", *Revista de Indias*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, núm. 39, p. 7-63 y núm. 40 p. 263-320; (1950b) *España, México en el siglo XIX*, Madrid, 3 vols., 1 622 p.
- Dupront, Alphonse, "Histoire et Paix", *Revue Historique*, París, t. CCV, p. 29-66.
- Fugier, André (1930), *Napoléon et l'Espagne*, París, 2 vols., 406 p. y 494 p.
- Guinard, Paul J. (1957), "Le livre dans la péninsule ibérique aux XVIII^e siècle. Témoignage d'un libraire français", *Bulletin Hispanique*, París, vol. LIX, núm. 2, abril-junio, p. 176-198.
- Humboldt, Alexander von (1825), *Essai politique sur le Royaume de la Nouvelle Espagne*, París, Antoine A. Renouard, 2a. ed.
- Humphreys, R. A. (1952), *Liberation in South America; 1806-1827. The Career of James Paroissien*, Londres, University of London, 177 p.
- Knapp (h.), Frank Averill (1951), *The Life of Sebastián Lerdo de Tejada. A Study of Influence and Obscurity*, Latin American Studies, XII, Austin, University of Texas Press, 292 p.
- Konetzke, Richard (1946), "El mestizaje y su importancia en el desarrollo de la población hispano-americana durante la época colonial", *Revista de Indias*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, año VII, núm. 23, p. 7-44 y 216-237; (1950a) "La condición legal de los criollos y las causas de la independencia", *Estudios Americanos*, núm. 5, p. 31-54; (1950b) "Estado y sociedad en las Indias", *Estudios Americanos*, núm. 8, p. 33-58; (1951a) "La formación de la nobleza en Indias", *Estudios Americanos*, núm. 10; (1951b) "Die Entstehung des Adels in Hispanoamerika während die Kolonialzeit", *Vierteljahrsschrift für Sozial und Wirtschaftsgeschichte*, Berlín, Band XXXIX, p. 215-250; (1953), *Colección de documentos para la historia social de Hispanoamérica*, Madrid, vol. I (1492-1692), 671 p.
- Leonard, Irving (1953), *Libros del Conquistador*, México, 400 p.
- Lynch, John (1953), *Spanish Colonial Administration. 1782-1810. The Intendant System in the Vice-royalty of the Río de La Plata*, California, The Atholone Press, 335 p.
- Medina, José Toribio (1955), *La historia del Tribunal de la Inquisición*, (1956) *La Historia... de Lima*, 530 p. (prólogo a Marcel Bataillon).
- Mejidi Pardo, Antonio (1960), *La emigración gallega intrapeninsular en el siglo XVIII*, Madrid, Instituto Balmes de Sociología, Monografías histórico-sociales, vol. VI, 145 p.
- Métraux, Alfred (1961), *Los Incas*, París, 192 p.
- Morelos Padrón, Francisco (1955), *Rebelión contra la Compañía de Caracas*, Sevilla, E.E.H.A., 146 p.
- Ozam, Didier (1960), *Instructions aux ambassadeurs-Espagne*, París, Centre National de la Recherche Scientifique, t. IV, 123 p.

- Pérez Bustamante, C. (1941), "Las regiones españolas y la población de América (1509-1534)", *Revista de Indias*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, año II, núm. 6 p. 81-111 y 12 mapas.
- Rippy, J. Fred (1929), *Rivalry of the United States and Great Britain over Latin America (1808-1830)*, Baltimore, 332 p.
- Robertson, William Spence (1929), *The Life of Miranda*, Chapel Hill; (1939) *France and Latin American Independence*, Baltimore, 626 p.; (1952) *Turbide of Mexico*, Durham, Duke University, 359 p.
- Rodríguez Arzúa (1947), "Las regiones españolas y la población de América (1509-38)", *Revista de Indias*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, año VIII, t. V, núm. 30, p. 695-748.
- Sánchez Barba, Hernando (1958), *Historia social y económica de España y de América (Burguesía, industrialización, obrerismo)*, Barcelona, Teide.
- Sarrailh, Jean (1953), *L'Espagne éclairée*, C. Klincksieck, 779 p.
- Van Aken, Mark J. (1959), *Pan-hispanism. Its Origin and Development to 1868*, Berkeley, University of California Press, 156 p.
- Whitaker, Arthur Preston (1941), *The United States and the Independence of Latin America (1800-1830)*, Baltimore, 632 p.; (1951) "The Elhuyar Mining Missions and the Enlightenment", *Hispanic American Historical Review*, Nueva York, t. xxxi, núm. 4, p. 557-585; (1955) "La historia intelectual de Hispanoamérica en el siglo XVIII", *Revista de Historia de América*, México, núm. 40, p. 553-573; (1961) *Latin America and the Enlightenment*, Ithaca, Nueva York, Cornell University Press, 2a. ed., 156 p.